

POR UNA CIUDAD CATOLICA

POR

JEAN OUSSET.

¡Siempre igual!

¡Otra vez soy yo!

Estoy a la vez triste... y consolado. Triste... porque sería preferible, me parece, que hubiera un indispensable relevo joven que estuviera en mi lugar en este momento. Pero alegre... por la confianza que me han manifestado los actuales dirigentes de nuestra Obra.

Es verdad que tengo que hablaros (y estoy muy contento) de la Ciudad Católica, asunto por el cual mi pasado explicará mejor sin duda lo que yo pueda decir.

¿De dónde hemos tomado Masson y yo este título de Ciudad Católica? De una carta de San Pío X, que dice así: «No hay que inventar la civilización ni constituir la Ciudad Nueva sobre las nubes, ésta ha existido y existe, se trata de la civilización cristiana, es la Ciudad Católica. No se trata más que de instaurarla, de restaurarla sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad. *Omnia instaurare in Christo*».

Convenceos... aunque sea a primera vista que esto hace TILT, (como vosotros decís). Esto quiere decir algo. Algo tan profundo que haría necesaria una meditación muy seria (muy seria hasta para un fin de Congreso) para captarla bien.

Esta meditación que os pido permiso para rehacerla con vosotros. Y digo rehacer porque los que antaño fundaron la Ciudad Católica habían hecho esta meditación y la repitieron a menudo después con un entusiasmo y estímulo de estar en lo cierto que desearía comunicároslo esta tarde a pesar de la austeridad de mi proposición.

Y puesto que la fidelidad de la Obra al espíritu de sus orígenes está hoy «contestada» por los que querrían verla emprender un camino que siempre hemos rehusado tomar, bastará, yo creo, para esclarecer la mentira de esta calumnia, recordar y volver a adoptar la argumentación de dos textos antiguos. Puesto que el primero tiene ya treinta años (extracto de la revista *VERBE*, nuestra publicación de entonces, núm. doble 5 y 6, pág. 17). En segundo (que es parecido al primero), en «Los Fundamentos de la Ciudad», hace 17 años.

Y... ¿qué decíamos entonces?, ¿Qué pensábamos?

Pensábamos, decíamos: «NO HAY CIUDAD CATOLICA IDEAL, si se entiende por ello una especie de modelo estereotipado, fijado y propuesto una vez para siempre. Sistema social y político paralizado, que sería como el FIN del cristianismo aquí abajo y que no tendría más razón de ser que sólo su éxito formal en este mundo, sin más gloria que su realización temporal».

Insistíamos: «NO HAY CIUDAD CATOLICA IDEAL, aunque los poderes públicos renovaran todos los años sus proclamaciones y consagraciones religiosas. NO HAY CIUDAD CATOLICA IDEAL, aunque todo se desarrollase al son de las campanas y al ritmo de las procesiones, o al susurro de los salmos y con el perfume de un incienso perpetuo».

Sí, decíamos, todo esto no bastaría para hacer una verdadera CIUDAD CATOLICA si no es primeramente INSTITUCIONAL y ORGANICAMENTE, si no fuera encauzado a otro fin que su éxito formal.

Porque...

Como ha dicho Pío XII: «Un verdadero orden humano no puede ser perfecto ni perfectible si no se orienta hacia un más allá» (discurso del día de la Ascensión de 1953).

Fórmula sorprendente a primera vista. Y en la cual se corre el riesgo de ver solamente a priori un entusiasmo piadoso. Aunque sea la fórmula la más segura y del más impecable realismo.

¿Por qué?

Porque prohíbe todo concepto a priori de un orden social o político.

Porque muestra la futilidad de los proyectos de la «ciudad perfecta» bajo el punto de vista de la pura razón.

Porque muestra que la única misión de las instituciones humanas es ser MEDIO, las cuales, como todo medio, no tienen sentido si no se ordena a su FIN; al desarrollo verdadero del hombre natural y sobrenatural.

* * *

Entonces, nada de discursos.

Sólo hay que plantear una cuestión.

Este MEDIO ¿está o no está ordenado a este FIN?

Si sí, este MEDIO es bueno, si no, este MEDIO es malo, y por eso debe ser apartado, revisado y corregido.

Se ve... ¡nada más aleccionador! ¡nada más realista! ¡nada más concreto! ¡nada más PRACTICO!

¡Y mucho más de lo que pensáis, seguramente! Porque vamos demasiado deprisa cuando a menudo, indicamos la relación entre el medio y el fin. Este problema que parece sencillo es de hecho más complejo que lo que uno se imagina.

Porque es evidente que el FIN (como tal y en lo absoluto) es mucho más importante que el MEDIO puesto que es el FIN el que determina el medio, dándole su RAZON DE SER...; bajo otro punto de vista este orden se invierte hasta el punto que es el MEDIO el que obstaculiza el FIN. Porque si el MEDIO es malo, si está mal concebido, es despreciado.

No hay un buen FIN sin unos buenos MEDIOS, sin éstos no se logrará jamás el FIN. El FIN no será jamás más que un sueño vano, una simple buena intención. ¿Lo pensamos bastante? Nosotros que tendemos tan a menudo a ser puros doctrinarios, y que en eso precisamente traicionamos el ideal de la CIUDAD CATOLICA a la que pretendemos servir.

Porque es inadmisibles que con el pretexto de un doctrinalismo que se cree más santo... («proclamemos la verdad, Dios hará el resto») es mucho más cómodo dejar pasar la cosa), es inadmisibles pretender soslayar el problema de los MEDIOS; y es inadmisibles

no tener la preocupación constante de la búsqueda del mejoramiento continuo, de los mejores MEDIOS: de los MEDIOS, de los métodos, de las fórmulas de actuación las mejor adaptadas a los tiempos, a las circunstancias, a las orientaciones siempre diferentes de los espíritus y de los corazones. Esto, creedme, no es más que un simple ejercicio de lógica formal. Porque no solamente el estudio de los métodos, de los MEDIOS es, en la práctica, tan importante como el estudio del FIN, sino que muchas veces es mucho más complicado... en la medida en que el objeto es más complejo.

Es sencillo recordar que la salvación de la ciudad no puede venir más que de ESTO o de lo OTRO... la dificultad no empieza (y un sano realismo no comienza) más que si se ocupa uno seriamente de los problemas para realizar prácticamente ESTO o lo OTRO. La dificultad será más grande cuando se trate de las complejidades inherentes a la realización ejecutiva de ESTO o de lo OTRO.

Ejemplo: me propongo ir a Lausana. Ese es el FIN perentorio y sencillo. Pero, ¿COMO ir?, ahí empieza la complicación... ¿Tomaré un avión, el tren, el autobús, o iré a pie?; si voy en auto, ¿por dónde pasará cuando emprenda el viaje? Esto dependerá de mi punto de partida, del tiempo que haga, del tiempo que emplee, del coche de que disponga; la autopista es más rápida, pero me costará el peaje (al menos en Francia es así), y en el fondo, como se va más deprisa se gasta menos. Y si por casualidad emprendo camino equivocado, un «dos caballos» deteriorado o un Alpha Romeo en malas condiciones corro el riesgo de no conseguir el FIN. Será el fin del FIN.

Queridos amigos: habréis encontrado ciertamente muy largo el desarrollo de las relaciones del fin y los medios. Os suplico que creáis que es un problema muy olvidado. Os suplico que repaséis algunos de los ejemplos alusivos que os acabo de dar. No tardaréis en constatar que cada uno de estos ejemplos aparentemente anodinos ocultan de hecho casos de una tal actualidad que mi informe será incapaz de tratarlos convenientemente.

* * *

Por tanto, vemos que la manera católica de plantear el problema que os acabamos de presentar, a pesar de la primera impresión que da la cita de Pío XII, es el METODO de espíritu más libre, de la acogida más abierta, de la actitud más disponible que nos da la lección de la experiencia.

Actitud mental que antepone el conocimiento de LO QUE ES a la consecución de las NUBOSIDADES fabulosas.

Actitud mental que para una más segura eficacia en la acción (como medio para realizar el fin) exige saber CUALES SON REALMENTE los hombres que nos rodean, cómo reaccionan, cuáles son sus necesidades, sus pasiones, sus tendencias, sus defectos, contra los que hay que protegerles; en qué forma del orden social les podemos ayudar y en qué podemos perjudicarles... etc.

Política experimental completamente.

«La única buena», decía José de Maistre. Porque (hemos llegado por fin al punto más importante) sólo la política es capaz de preservar a la sociedad contra los ataques de las UTOPIAS MAL-SANAS denunciadas por su santidad Pío X en el texto que hemos leído al principio.

UTOPIAS cuyo MESIANISMO IDEOLOGICO conserva la forma siempre actual. Y sobre todo, lo que se puede llamar el ESPIRITU de la ideología socialista.

Y que no se piense que decimos esto por un apriorismo religioso.

Es, al contrario, excelente el demostrar hasta qué punto lo REAL llega a imponer el reconocimiento de estos puntos obligados a las mentalidades más divergentes.

Por ejemplo: puede servirnos la esencia del capítulo de una obra que desde luego no puedo recomendar. El libro del francmasón Luis Pauwels «Ce que je crois» (Ed. Grasset).

Su testimonio es mucho más interesante porque este autor (tan lejano a nosotros) justifica brillantemente la fórmula de Pío XII que acabamos de citar (sobre la irrealidad de todo orden humano que no está ordenado hacia el más allá).

La idea central de Pauwels es que a quien lo espera todo de la ideología, el mundo le defrauda, el mundo le traiciona, lo real, aparece a sus ojos como un horrible borrador, que primero se borra,

después se arruga y después se destruye. La ideología se refiere, no a la experiencia que instruye, sino al SUPUESTO IDEOLOGICO que hipnotiza. Y repetidamente volverá a los mismos errores.

Si esto no marcha hoy, lo esencial es creer que podrá marchar mañana. La lección de los más feroces desengaños no tiene ningún valor para él (fin del resumen de Pauwels).

Veamos el ejemplo del comunismo.

Poco importa a los ideólogos marxistas que por todas partes donde ha triunfado el comunismo sea tiránico, totalitario, destructor de libertades, policial, centralizador que conduzca a los «goulags».

A pesar de la experiencia manifiesta de un tercio del planeta, se renueva la promesa de un comunismo que, entre nosotros, no tendría nada de lo que le descalifica en otros sitios. Porque a nosotros se nos promete: «un comunismo a la francesa» (lo que constituye un insulto poco común hacia otros pueblos invadidos por el comunismo. Y que, a pesar de todo, se les considera «hermanos». Porque en estricta lógica sería por culpa de éstos, porque, sin duda, son tarados, salvajes o viciosos, por lo que el pretendido «tan buen comunismo» se vuelve tan malo para ellos).

«Un comunismo a la francesa», ¡como si Francia no hubiese sido la primera en dar al mundo un ejemplo perfectamente logrado del juego completo de las atrocidades revolucionarias!

Es conveniente captar esa actitud mental.

¡Es característica!

Lo que se promete resultaría una EXCEPCION (un comunismo bueno puesto que es a la francesa) que no corresponde a lo que hasta ahora se ha venido realizando como norma del comunismo, aunque esta pretendida regla haya sido constantemente desmentida.

Contra esta muestra insistente de lo REAL, el ideólogo, para salvar la idea no tiene más que un recurso. Como Dantón, tendrá necesidad de alegar «grandes traiciones»; y lanzará a la *vindicta pública* como únicas responsables del fracaso ideológico a los «vendidos», en los «complots», siempre dispuestos a denunciar.

De ahí esta rabia por destruir, inherente a las sociedades fundadas sobre la ideología, es decir, inherente a las sociedades revolucionarias.

Es por esto mismo por lo que escribe Daniele Masson, que el

universo, partidario de la concentración, «parece inscrito a la vez en la historia de la sociedad soviética y en la del mundo moderno. Porque si es verdad que los occidentales no tienen los «campos» ni los «goulags», profesan una ideología que les sirve de base.»

Como ha dicho Soljénitsyn: «la imaginación y la fuerza interior de los malvados de Shakespeare se paraban ante una decena de cadáveres, porque no tenían ideología. Porque la ideología ha sido la que ha permitido al siglo XX experimentar la maldad a escala de millones.

«A la vez mentira e ilusión —escribe Daniele Masson— la ideología destroza al hombre con una visión imaginaria. El hombre hipotético de la ciencia marxista, servirá, por lo tanto, de piedra de molino, para mutilar, para romper y para destruir al hombre real. El mundo concentracionario se justifica así por el discurso ideológico. Gracias a él la burocracia puede, sin escrúpulos, aplastar a SUS obreros, con SUS tanques. Es otra fase del marxismo».

Y este mal, y esa maldad, no destrozan solamente los terrenos llamados sociales y políticos.

«Todo está corrompido por la ideología, escribe Jean Baechler; la religión, influenciada por la ideología, se convierte en sacrilegio. ¡El sacrilegio! Acordémonos de lo que decía S. Pío X, que hemos citado anteriormente: ¡UTOPIA, REVOLUCION, IMPIEDAD!... Por lo tanto... «La religión, influenciada por la ideología, se convierte en sacrilegio». El arte, tocado por la ideología, se convierte, o en el realismo socialista, o en el anti-arte. La economía, invadida por la ideología, produce la ineficacia y el despilfarro. La misma cocina, influenciada por la ideología, produce platos macrobióticos (1).

Se contempla —dice René Huygues (2)— que estos especialistas que constituyen la casta de los intelectuales, hacen un despliegue turbulento de estos engranajes de ideas, de fórmulas, de palabras, sin que se preocupen de tocar tierra. Su pensamiento modela, en recinto cerrado, y fermenta por medio de sus autotoxinas. De sus alambiques extraen sus dictados dogmáticos que quieren imponer a la realidad»

(1) Jean Baechler: *Qu'est-ce que l'idéologie?* Col. «Idées», Ed. Gallimard.

(2) *Le Figaro*, 13 sept. 1971.

(...) «Tal vez —concluye diciendo René Huygués— una de las tareas más urgentes sería la de enseñar de nuevo a la inteligencia a ser menos intelectual».

Tal es la NATURALEZA y tales son los EFECTOS del mesianismo ideológico.

Pero, tomad conciencia de que, muchas veces, a nuestro alrededor, no se comprende lo que hace irreductibles el espíritu de todo socialismo (marxista o no) y el verdadero espíritu del método católico, aplicado a las cosas de la CIUDAD.

Muchos piensan que la Iglesia ha condenado el socialismo por un imperativo religioso, por un presupuesto ideológico y de devoción.

Pero es lo contrario (y esto merecería que se recordase, en estos tiempos de «pastoral», en estos tiempos de búsqueda, en estos tiempos de fórmulas apostólicas, que se estiman más «prácticas»). Si la Iglesia ha condenado el socialismo es ESENCIALMENTE POR REALISMO, POR SUMISION A LAS LECCIONES DE LA EXPERIENCIA, POR FIDELIDAD Y POR AMOR A UNA REALIDAD QUE SABE ES DIVINA, POR ODIOS A ESTA UTOPIA MALSANA, ESTIGMATIZADA POR S. PIO X. Concretando, la Iglesia ha condenado el socialismo en nombre de este ESPIRITU que, en tiempos del Vaticano I, le hizo condenar como «ESCANDALOSA Y TEMERARIA», la opinión de los que «sostuvieran que podría haber un pecado puramente filosófico que sería una falta contra la recta razón, sin llegar a ser una ofensa a Dios». (Denzinger 1290).

¡Qué magnífica y estupenda proposición! ¡Qué santo rigor! Sentido de la indisoluble alianza de la naturaleza y de la gracia, de la razón y de la fe.

Con esa perspectiva comprendemos mejor que S. Pío X nos alentara a defender nuestras ciudades «contra los ataques de la UTOPIA MALSANA», que, como acabamos de ver, engendra siempre la REVOLUCION y la IMPIEDAD.

Comprendemos mejor a S. Pío X que nos recomienda INSTAURAR y RESTAURAR incesantemente la CIUDAD CATOLICA, no según el presupuesto de alguna ideología mesiánica, ni las lucubraciones más o menos audaces de un filántropo bien intencionado, ni con las fórmulas piadosas de un sobrenaturalismo intemporal, con reac-

ciones de ghetto, sino con la única base (experimental, puesto que se ha experimentado durante miles de años) de lo únicamente REAL, de los únicos FUNDAMENTOS NATURALES Y DIVINOS.

Si fuera necesario tomar conciencia masiva de ese REALISMO, de ese EMPIRISMO, de ese GUSTO EXPERIMENTAL, os aconsejaría leer y comparar dos obras maestras de la enseñanza política cristiana:

«De Regimine Principum», de Sto. Tomás de Aquino; y la «Politique tirée de l'Escriture Sainte», de Bossuet.

¿Qué es lo que observamos?

Lo primero que no se trata de una CIUDAD CATOLICA IDEAL, en el sentido que lo hemos expuesto. Estos dos tratados son, ante todo, manuales de política práctica, no tienen como finalidad proponer un tipo de sociedad en sí más armoniosa; se proponen dar un cierto número de consejos para gobernar mejor. Por tanto, ¿cuál será preferible, el libro de Bossuet o el de Sto. Tomás?

¡Es el de Bossuet!

¿Por qué? ¿Será por una mayor agudeza de espíritu? ¿Será por una mayor concesión a la Sagrada Escritura, cuyo título lleva?

Ciertamente no. El tratado de Bossuet tiene, sobre el de Sto. Tomás, la ventaja de beneficiarse de las lecciones de una experiencia política que Sto. Tomás no vivió más que en sus principios; experiencia muy instructiva, en cuanto extremadamente variada, de las dinastías cristianas que reinaron a partir de la alta Edad Media.

La obra de Bossuet debería tener más bien como título, teniendo esto en cuenta, «Política sacada de la Sagrada Escritura y, sobre todo, de la historia de los pueblos cristianos».

* * *

En todo caso, nada de una CIUDAD CATOLICA IDEAL. Nada de una CIUDAD CATOLICA ghetto.

Y si no, ¿en qué se convertiría el término CATOLICO? ¿No significa universal? ¿Y no es a la humanidad entera a quien se dirige el mensaje de la Iglesia proponiéndole las normas de salvación?

Tengamos cuidado.

La CIUDAD CATOLICA no sería verdaderamente ciudad cató-

lica, si no fuera una CIUDAD DE CATOLICOS. No sería más que una caricatura indigna de su misión.

No será CIUDAD CATOLICA si no es la CIUDAD HUMANA, por excelencia, abierta a todos.

¿Me rebatiría Vd. la fórmula?

Os respondería, también con Bossuet, en su magnífica carta «Lettre à une demoiselle de Metz», trasladando aquí lo que le decía de la Iglesia en el plano de la ciudad que nos ocupa ahora (no os transcribiré más que lo mejor de los párrafos, para ser breve).

«En la unidad de la Iglesia todas las criaturas se reúnen (...) LAS CRIATURAS INANIMADAS hablan a la Iglesia de las maravillas de Dios y, no pudiendo alabarle por sí mismas, le alaban en la Iglesia, que es el templo universal».

«Los HOMBRES son todos algo muy íntimo en la Iglesia, todos o están incorporados, o llamados al banquete en el que todo se hace UNO (...).

«Los INFIELES representan algo en la Iglesia (...) ejercen su esperanza en las promesas que deben llamar a la unidad de la bendición en Jesucristo. ¡Y son sujetos de la dilatación de su corazón!» (¡Qué admirable fórmula!)

«LOS HEREJES son algo en la unidad de la Iglesia (...) Y los ELEGIDOS y los CONDENADOS son (también) algo en el cuerpo de la Iglesia (...).

«Tal es —concluye Bossuet— la composición de la Iglesia, mezcla de fuertes y débiles; de buenos y malos; de pecadores hipócritas y de pecadores escandalosos: la unidad de la Iglesia recoge todo y lo aprovecha todo».

Y por eso la Iglesia puede llamarse CATOLICA.

Y, por tanto, aunque estos temas de Bossuet no se puedan aplicar tal cual, a la sociedad política, no por ello dejan de aclararnos su espíritu y su dimensión.

¡Nada de una ciudad de partidistas!

¡Nada de ghetto!

¡Nada de secta!

¡Nada de replegarse sobre sí mismo!

¡Y también nada más noble!

Porque, con ese espíritu (que Bossuet, elevándose nos recuerda), con ese entusiasmo, con esa luz que se ofrece a nuestras inteligencias, con ese fervor de nuestros corazones que tiene, (o debe de tener), se darán los FUNDAMENTOS de esa CIUDAD CATOLICA, de la que me han pedido que os hable.

No es una fórmula o receta para aprender de memoria, para solamente satisfacer a los analfabetos de lo humano.

¿Queréis conocer la primera comunicación de la victoria?

La lanzó Tertuliano, en el siglo III y, ¡con qué entusiasmo!

«Somos de ayer, decía, y LLENAMOS TODO: vuestras ciudades, vuestras casas, vuestras plazas fuertes, vuestros municipios, vuestros consejos, vuestros campos, vuestras tribunas, vuestra infantería, el Palacio, el Senado... No dejamos más que vuestros templos».

Y, nosotros, los cristianos de hoy, también estamos en todas partes. ¿Cuál es nuestra diferencia con lo que dice Tertuliano? Está en que, estando más en todas partes que en tiempos de Tertuliano, ellos LO LLENABAN TODO porque estaban LLENOS de lo que sabían era la salvación del mundo. Mientras que nosotros, estando en todas partes, no LLENAMOS nada por que estamos «VACIOS» como dice el pueblo.

«VACIOS» y VACIOS de certeza, de generosidad, de celo, de valor, de energía, de entusiasmo, en una palabra.

Porque es eso lo que fundamenta. INSTAURA y RESTAURA la CIUDAD CATOLICA hoy, como en los días de Tertuliano.

Como recomendaba Pío XII: «Debéis ser capaces de dar cuenta de vuestras convicciones (...). Debéis tener de vuestra fe un conocimiento razonado y profundo (...). Debéis saber que la doctrina católica tiene la razón».

¿Somos capaces de esto?

Porque, queridos amigos, la RAZON de que aquí se trata no es la de los ideólogos, ni esa «razón razonadora» que, satisfecha de sí misma, se cree justificada por el solo encadenamiento de sus teorías.

¡No! La razón de la que trata Pío XII es, si me permitís la expresión, la razón anti-ideológica, porque es esencialmente la facultad de conocer y comprender lo REAL; de conocer y comprender lo CON-

CRETO. Y esto antes de recibir una lección superior. Y es esta sola RAZON la que es «capaz de dar razón de sus convicciones», porque es capaz, ella solamente, de mostrar un enraizamiento concreto.

¿Cómo puede ser, pues, que tantos católicos tiendan a creer (o razonan como si lo creyeran), que la enseñanza de la Iglesia (en el terreno de la Ciudad Política, no hablo del Dogma), no tiene como justificación más que el hecho de ser difundido por la Iglesia, por el solo hecho de estar respaldado por su autoridad? De ahí una actitud característica debida, según pretenden, a la disponibilidad de una fe tanto más notable por cuanto están siempre dispuestos a aceptar que la Iglesia pueda cambiar sus enseñanzas de la noche a la mañana. Y lo peor es que esta gente no ve lo que esta pretendida virtud de fe tiene de abominablemente insultante para una Iglesia tan manifiestamente considerada como una veleta.

Amigos, no seamos de esos cristianos... de los que Bourdaloue dijo muy bien lo que hay que pensar de ellos en su: «Sermón sobre el acuerdo entre la Razón y la Fe». Escuchémosle:

«Un hombre a quien se le pide cuenta de su fe y que responde: no razono, quiero creer; este lenguaje no puede ser bueno. Pero en un sentido bastante vulgar, demuestra poca fe, e incluso una secreta disposición a la incredulidad. Porque, ¿qué significa decir: no razono? (...) Esto significa, a menudo (...) no razono porque, si razonase, mi razón no encontraría nada que la determinase a creer. No razono porque si razonase mi razón me opondría dificultades que me apartarían de creer.»

«Pensando así —nos dice Bourdaloue— se falta a la fe, porque la fe, la fe cristiana, no es una pura aquiescencia, una simple sumisión del espíritu, sino una aquiescencia y una sumisión razonables. El Príncipe de los Apóstoles, S. Pedro, nos ordena estar siempre dispuestos a satisfacer a los que nos pidan una razón de lo que creemos y por lo que esperamos».

«Estar siempre dispuestos a satisfacer a los que nos pregunten la razón de lo que creemos». ¿No es una norma de hace dos mil años, pero de la que podríamos tomar nota para la acción en una ardiente actualidad?

* * *

Queda decir que no sería únicamente por el desarrollo de una doctrina pura que SATISFARIAMOS (como dice S. Pedro, traducido por Bourdaloue) lo que importaría conseguir.

¿Por qué?

Porque a las inteligencias se las ha cansado y a las voluntades se las ha vaciado con demasiadas ideologías. Porque la generación actual rechaza «el dejarse adoctrinar». Porque no siente ninguna satisfacción por las síntesis intelectuales que tal vez gustaban demasiado antes. Porque se tiene que conceder que una cierta pasión por las ideas puras tiene sus peligros. Tanto más cuanto que «no fue por la IDEA puramente abstracta —dice Pío XII— la que creó la mejor civilización de la que están justamente orgullosas las naciones cristianas, sino por las realizaciones concretas». (Discurso de Navidad 1957.)

Realizaciones concretas, que en estos tiempos de pragmatismo privilegiado son los argumentos que tienen más eficacia.

De ahí la obligación moral de no contentarse con quedarse en un plano de una doctrina lógicamente desarrollada. Hay que, de manera imperativa, completar esta formación dogmática con todas las referencias que la justifican para que se comprenda mejor que la razón, iluminada por la fe, por una parte, es estrictamente confirmada por las lecciones de historia de ayer y de hoy que, por otra parte, nos enseñan.

* * *

El inconveniente está en que, en esta empresa, se aumenta el trabajo ya difícil de por sí.

Se ha hecho tradicional el invitaros a comprometeros, en estos fines de Congresos. ¿Qué os diré de mi desaliento?

Porque importa más alentar a los ausentes que a vosotros. ¿Y qué podré decir además de lo que me habéis oído repetir a menudo? ¡Vosotros los antiguos! ¡Vosotros, los fieles! ¿Y qué importan, en el fondo, las vehemencias de mis peroraciones?

Aquí, de nuevo, es menos una voz humana lo que hay que escuchar, que aquella de la que habla Blanc de Saint Bonnet: «la gran voz de los hechos». El que clamen cada vez con más fuerza, ¿no os

parece claro? Lo que anuncian como para mañana, ¿os parece sin importancia?

* * *

Escuchad la descripción entusiasta de la pluma de André Jeanson (antiguo Presidente de la C. F. D. T., miembro del P. S.), en un artículo reciente, publicado, no en «opiniones libres», sino, muy «normalmente» en «Le Monde» del 2 de abril.

«Los vencedores (de las últimas elecciones francesas) —nos dicen— tendrán la oportunidad (...) de poner en marcha la aplicación del programa común y de proseguir la realización hasta sus últimas consecuencias (...) Ciertamente los partidos de izquierda trabajan febrilmente en sus expedientes para afilar las armas que, cuando llegue el momento, pondrán en manos de sus jefes. ¿Es esto suficiente para prepararse a toda eventualidad?. Creo que no (...).

«Es evidente (...) que las masas populares, en la euforia de su éxito, manifestarán una legítima impaciencia por ver, enseguida, algo profundamente cambiado en sus condiciones de vida: impaciencia que tendrán la tentación de mostrar por medio de acciones que podrán adquirir gran envergadura y por experiencias de toda naturaleza que tiendan a crear en la empresa, en el barrio, en los servicios públicos, etc... nuevas formas de poder».

He aquí los hechos que ya se preparan. ¿Su voz nos parece sin elocuencia?

«Los expertos de los partidos de izquierda trabajan febrilmente en sus expedientes para afilar las armas que, cuando llegue el momento, etc...»

¿Dónde están «nuestros expertos, trabajando febrilmente?» ¿Pensáis que podemos tener esperanzas, en un plazo de tiempo medio, de ver a las «masas... manifestar una legítima impaciencia» para activar el acontecimiento de una CIUDAD RESTAURADA sobre los FUNDAMENTOS NATURALES Y DIVINOS?

* * *

Ahí está todo el problema.

¿Qué más queréis que os diga?

¿Es la hora de la desesperación, me diréis?

Si lo creyera, no estaría aquí, y, sobre todo, no en este lugar. No me afanaría tampoco en otra parte.

La única respuesta que hay que recordar en estos momentos (más que nunca), tendrá 30 años de edad el 7 de septiembre próximo. Es de Pío XII. Hela aquí.

«No hay tiempo que perder. La hora de la reflexión y de los proyectos ha pasado. ES LA HORA DE LA ACCION. ¿ESTAIS PREPARADOS? Los frentes opuestos en este terreno religioso y moral se delimitan claramente. Es hora de la prueba. Es la hora del intenso esfuerzo».

¿Lo admitimos así?

¿Nos despertamos, despertamos a los demás, antes del «Goulag»?

Porque, por desoladora que sea, cada elección ¿nos revela que si el adversario gana es mucho menos por una superioridad de sus fuerzas y ejecutivos, que por la apatía, abulia, cobardía, absentismo, abstención, de los que bastaría (que os bastaría) alertar, sacudir, galvanizar un poco?

No es que me haga ilusiones de la facilidad del éxito.

Se puede conseguir este éxito, y si no se consigue es porque, como ha dicho muy bien Alfred Sauvy, en *La fin des riches*: «Todos los que se encuentran en una posición bastante elevada, no ponen una parte de su fortuna, de su renta, de su poder, de su autoridad, de su prestigio, al servicio del bien público; todos éstos que, en suma, traicionan, en cierto modo, su propio directo interés, son traidores a la colectividad».

Ciertamente ¡todo está por hacer!

Esto me lleva a la obligación tradicional de insistir en que no nos separemos sin haber tomado resoluciones. ¡Creedme, los tiempos no están para lamentaciones, por legítimas que sean!

Por nuestra despreocupación, por nuestra pereza, por nuestro egoísmo, por nuestro absentismo, ¿no hemos contribuido a agravar aquello de lo que hoy echamos pestes?

Y, por tanto, al término de estos tres días, ¿no estáis decididos a ACTUAR bien? No dando palos de ciego, como dice S. Pablo. No de manera sólo impulsiva, no con el desorden de unas acciones mal concertadas, sino fríamente, bien tomada la resolución. Según las verdaderas exigencias prácticas de lo inmediato CONCRETO.

Hoy más que nunca pueden tener una oportunidad de éxito acciones multiformes y complementarias, como una red viva, armoniosamente planteada. No os digo que sea fácil. Estoy lo suficientemente bien informado desde hace tiempo para decíroslo.

Que sea difícil o no, es ahí donde está nuestro deber, donde está la salvación... Salvación de la ciudad de la que sois miembros y salvación de vosotros mismos. Por tanto, si vuestras posibilidades son reducidas, aunque os sintáis solos y poco numerosos, en vuestro rincón, desde el lugar que os ha fijado la Providencia, estad persuadidos que es una acción bien pensada, bien ordenada, en la que únicamente se encuentra la esperanza de un mundo que no sea una jungla, sino una CIUDAD verdaderamente católica.

¡Una CIUDAD que será vuestro honor!

¡Una ciudad que será el honor de esta salvación del orden humano en CONCRETO!

¡Una ciudad para el honor de Dios, hecho hombre!

¡Semper idem!